

gía de mujeres poetas?” donde pone de manifiesto las razones de la publicación de esta antología: “llenar algunos blancos de la historia literaria [...]; recuperar autoras y textos olvidados; o sugerir análisis alternativos, o llamar la atención sobre determinados aspectos mal enfocados por la crítica” siempre desde el criterio de calidad literaria y desde esa “mirada tuerta” de mujer a la que hace referencia Monserrat Roig. A pesar de la subjetividad en la que toda antología se ve inmersa, la investigadora ve cumplido ampliamente su objetivo en este exhaustivo trabajo que nos

Ana CASADO FERNÁNDEZ
Universidad Complutense de Madrid

VILAR, Juan B. *La España del exilio. Las emigraciones políticas españolas en los siglos XIX y XX*. Madrid: Síntesis, 2012, 503 páginas, 2º edición revisada.

Juan B. Vilar, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Murcia, pone a disposición del lector *La España del exilio. Las emigraciones políticas españolas en los siglos XIX y XX*. Se ha hecho necesaria a los cinco años una segunda edición, revisada y ampliada. El cuerpo del estudio va precedido de sendos textos a modo de lemas del político y ministro de la Gobernación Julián Zugazagoitia y del ensayista Gregorio Marañón. En el primero se lee: “No hay peor enemigo del español –y de lo español– que el español mismo”. A Marañón pertenecen estas palabras: “Toda emigración es la consecuencia de una guerra civil [...]; la historia de España ha sido una continua guerra civil”. Las situaciones que obligan a unas personas a abandonar su tierra por la presión de otras ha dado motivo a epopeyas literarias que se remontan a muchos años atrás. Una de ellas, nuestro *Cantar de Mio Cid*.

Son diversas las oleadas de emigrados que se suceden, según el signo político o ideológico de las fuerzas dominantes a lo largo del periodo abarcado: emigrados afrancesados, liberales, absolutistas, carlistas, anarquistas y republicanos de la I República, monárquicos de la II, protestantes y perdedores de la Guerra Civil de 1936–1939. El destino de los emigrados fue diverso y encontramos en síntesis los caminos por los que la diáspora española llegó a diversas naciones de Europa, al Norte de África y al continente americano, tanto Estados Unidos como América Latina.

La obra ofrece particularidades que debo destacar. Una de ellas es que se aborda el tema del exilio contemporáneo de manera conjunta. También es digna de mención la importancia que se concede a la mujer exiliada, cuyo número fue muy significativo pero desconsiderado porque no tuvieron voz. Un tercer aspecto reseñable es la inclusión de los protestantes españoles, tan desconsiderados en la historiografía

española. El profesor Vilar es, sin embargo, uno de los que empezó a roturar ese territorio virgen.

Ejemplos particulares y representativos de esos novedosos asuntos abordados son, entre las mujeres, la “posmoderna” y culta Teresa Cabarrús (1773–1835), de existencia aventurera, de amplios recursos sentimentales en las altas esferas del poder y con gran influencia en la Francia de la Revolución y posterior, aunque su salida de España no fue realmente ideológica. Sí lo fue la Condesa de Chinchón, esposa de Godoy, inmortalizada por Goya, y las mujeres e hijas de otros hombres exiliados. Más de un siglo después, Gloria Giner, Pilar de Madariaga, Justa Arroyo o Carmen de Zulueta.

Del exilio protestante encontramos la figura del sevillano Blanco White, ilustre escritor y polemista político y religioso que abandonó España en 1810 con destino a Inglaterra. Fue defensor de las libertades de su patria española y de las colonias de ultramar, director y casi único redactor desde el exilio inglés del periódico *El Español* entre 1810 y 1814, que se distribuía en España y en los países americanos de habla española. Abandonó en el exilio la religión católica, se hizo anglicano primero y luego siguió evolucionando hasta hacerse unitariano. Más tarde sobresale la figura del onubense Manuel Matamoros García, procesado ruidosamente en compañía de otros seguidores de la religión reformada y deportado por Isabel II en 1863. Salió de España por Gibraltar hacia Inglaterra, luego pasó a Francia y Suiza, donde murió en 1866.

Geográficamente, Francia, Gran Bretaña, Bélgica, Norteamérica e Iberoamérica fueron, como se adelantó, los destinos en distintas épocas de los exiliados españoles o de procedencia hispana. A Francia llegaron en el siglo XIX un número de afrancesados superior a sesenta mil. Entre ellos, Juan Meléndez Valdés, Francisco de Goya, Leandro Fernández de Moratín o Alberto Lista, muertos los tres primeros en la nación vecina. A Norteamérica, por ejemplo, y más concretamente a Nueva Orleans, llegó, después de pasar por México, el aventurero Eugenio de Aviraneta, protagonista de las barojianas *Memorias de un hombre de acción*.

En Nueva York, Filadelfia y otros puntos de Nueva Inglaterra se asentó un buen número de independentistas españoles entre 1824 y 1833. Se formó así un núcleo de emigrados liberales que dio lugar a la publicación de diversos periódicos en español, como *El Habanero* (1824–1831), donde destacó como redactor Félix Varela y colaboraron José María Heredia o los españoles Alberto Lista y Juan Nicasio Gallego; o *El Mercurio de Nueva York* (1829) o *La Abeja*, órgano de los nacionalistas cubanos. Fueron relevantes figuras refugiadas en Estados Unidos los liberales cubanos Félix Varela, Leonardo Santos Suárez, Tomás Gener y José Antonio Saco.

A Iberoamérica llegaron también emigrados españoles del siglo XIX, unos directamente como Facundo Infante, que ocupó destacados puestos políticos en Bolivia, otros previa estancia en Gran Bretaña, como el gaditano José Joaquín de Mora. En la capital británica publicó este escritor algunos periódicos en español y en 1826 marchó a Buenos Aires y dos años después a Chile, lugares donde también desem-

peñó tareas de edición y redacción en diversos medios. Los avatares políticos le llevarían después a Lima y Bolivia. Vendría a morir en España en 1864. Vilar no se olvida de señalar que De Mora estuvo conectado como traductor con las Sociedades Bíblicas. En este sentido destaca *Cánticos espirituales*, himnario coleccionado y en parte compuesto por él mismo, y uno de los más reseñables en lengua castellana compuestos en el siglo XIX.

Y alcanza una magnitud sin precedentes el éxodo de 1936–1939, que es el más estudiado entre los historiadores. Los lugares de destino fueron igualmente Francia y otros países europeos (Unión Soviética), Norte de África y América del Norte, Central y del Sur, en una cifra total de 44.000, según cálculos del autor. A México llegaron 450 niños evacuados de la zona republicana¹. Luego el presidente Cárdenas abrió generosamente las puertas a otros refugiados que fueron llegando escalonadamente hasta alcanzar la cifra de 30.000. También, aunque en menor número, Chile, Venezuela, República Dominicana, Argentina, Cuba y otros países acogieron a esta oleada final de exiliados o trasterrados, víctimas, como otros, de la intolerancia del español contra sí mismo y que tantas y tan dolorosas pérdidas humanas, científicas, sociales y humanísticas conlleva.

El trabajo del profesor Vilar destaca por la visión globalizada de este fenómeno de la intolerancia ideológica o religiosa española a lo largo de los últimos dos siglos y otorga, desde el punto de vista temático, un lugar importante al desconocido exilio protestante; y desde la perspectiva geográfica concede a países del norte de África y a los Estados Unidos la merecida relevancia que generalmente sólo se les da al hablar del éxodo derivado de la última Guerra Civil. La bibliografía (90 páginas) con que se cierra, sin ser exhaustiva, orienta muy bien sobre los campos geográficos y temático–ideológicos abordados. Alcanza mayor amplitud que en la primera edición al haber añadido una addenda.

Patrocinio RÍOS SÁNCHEZ

¹ Estos niños, extranjeros en España y en México, protagonizan la obra teatral *Los niños de Morelia*, del dramaturgo y crítico mexicano Víctor Hugo Rascón Banda, que he visto representada en la Escuela Española de Middlebury College (Vermont, EE.UU.) el día 29 de julio de 2011, bajo la dirección del también mexicano Luis Martín Solís Reynoso.